

desigual, viene de cuando en cuando á morir en nuestras anchas velas: un sol de plomo quema las tablas de nuestro puente que regamos para refrescarlas. Los marineros están tendidos en los barrotes y en las jarcias, sin palabra, sin movimiento, chorreándoles el sudor de las frentes. El aire falta á la respiracion: — es un verdadero incendio en el mar: parece que se respira anticipadamente la húmeda y ardiente reverberacion de las arenas del desierto, del que todavía estamos sin embargo á ciento cincuenta leguas. Así se pasan las horas. No tiene uno fuerza para hablar ni aun para leer. Entreabro de cuando en cuando la Biblia para buscar en ella lo relativo al Libano, primeras cumbres que deben en breve herir nuestra vista. Leo la historia de Herodes en el historiador Josefo.

4 de setiembre, 1832.

La misma ausencia de viento; el mismo incendio del cielo. La mar humea de calor, y sus aguas muertas están veladas por una niebla que no agita ningun viento. Espiamos hasta donde alcanza la vista las ligeras arrugas que trazan en su superficie algunas brisas perdidas; vemos á una de ellas acercarse lentamente al bergantín

animando un poco el color del mar, é hinchando un poco al fin nuestras velas: el bajel cruge y levanta un poco de espuma hácia la proa. Los pechos se dilatan; todos se acercan al bordo por donde sopla la brisa. Siente uno deslizarse un poco de frescura sobre su frente, bajo los mechones húmedos de su cabello, y luego todo vuelve al calmazo y al horno acostumbrados. El agua que bebemos está tibia; nadie tiene aliento para comer. Si este estado se prolongase, el hombre no viviría mucho tiempo; por fortuna ya no nos quedan mas que seis semanas de estos calores, que acaban á mediados de octubre.

4 de setiembre, por la noche.

Desde las cinco hasta las ocho, un viento fresco que soplaba del golfo de Alejandreta, nos ha hecho andar algunas leguas. Debemos estar con corta diferencia á mitad de camino entre la isla de Chipre y las costas de Siria; acaso mañana al despertarnos estaremos á la vista de las costas.

5 de setiembre, 1832.

He oído al despertarme el ligero murmullo

producido por la estela del buque cuando anda, y me he dado prisa á subir á cubierta para ver las costas, pero aun no se divisaba nada. Las corrientes, frecuentes en este mar, podian habernos llevado muy lejos de nuestra estima; acaso estábamos á la altura de las costas bajas de la Idúmea ó del Egipto. Todos estábamos con la mayor impaciencia.

.....

La misma fecha, á las dos de la tarde.

El capitan del bergantin ha reconocido las cimas del monte Líbano, y me llama para enseñármelas, pero yo las busco en vano en la inflamada bruma donde me las indica su dedo: nada veo mas que la trasparente niebla que levanta el calor y encima algunas capas de nubes de un color blanco mate. Él insiste, y vuelvo á mirar, pero siempre en vano; todos los marineros me enseñan sonriendo el Líbano; el capitan no comprende como no le veo como él. — Pero ¿dónde le busca vm.? me dice: no le busque vm. tan lejos: aquí, mas cerca, sobre nuestras cabezas. — En efecto, alzé los ojos hácia al cielo y ví la blanca y dorada cuesta del Sannin que se alzaba en el firmamento encima de nosotros. — La

bruma del mar me impedía ver su base y sus vertientes: solo su cabeza aparecía radiante y serena entre el azul del cielo. Aquella fué una de las mas magníficas y dulces impresiones que he experimentado en el trascurso de mis largos viajes: ya veía en fin la tierra adonde tendian entonces todos mis pensamientos, como hombre y como viagero; — la tierra sagrada, la tierra adonde iba desde tan lejos á buscar los recuerdos de la humanidad primitiva; — y sobre todo, la tierra adonde iba por último á hacer descansar en un clima delicioso, á la sombra de los naranjos y de las palmeras, los objetos que mas amaba en este mundo, mi esposa y Julia. No dudo que uno ó dos años pasados bajo aquel hermoso cielo robustecerán la salud de Julia que, de seis meses á esta parte, me da algunas veces funestos presentimientos: saludo esas montañas de Asia como un asilo adonde Dios la lleva para sanarla; una secreta y profunda alegría llena mi corazon, y no puedo desprender mis ojos del monte Líbano.

Comemos á la sombra del toldo estendido sobre el puente. La brisa continúa y se reanima á medida que declina el sol; á cada momento corremos á la proa para medir la marcha del buque por el ruido que hace hendiendo la mar: en fin, el viento refresca; las alas se rizan; largamos

cinco nudos de hora en hora; las laderas de las altas montañas cortan la niebla y se nos salen al encuentro como aereos cabos: empezamos á distinguir los profundos y negros valles que se abren en las costas; las barrancas blanquean, las peñas de las crestas se destacan á la vista; los primeros collados que arrancan de la inmediacion del mar redondean sus contornos; poco á poco creemos reconocer algunos pueblecillos en las faldas de las colinas, y grandes monasterios que coronan, como góticos castillos, las cimas de los montes intermedios. Cada objeto que alcanzamos con la vista es una alegría en el corazon; todos estamos sobre cubierta: cada uno hace observar á su vecino un objeto en que no habia reparado; uno ve los cedros del Líbano, como una mancha negra en el costado de una montaña; otro como una torre en la cumbre de los montes de Trípoli; algunos creen distinguir la espuma de las cascadas en las pendientes de los precipicios. — Quisiera uno poder antes de la noche arribar á aquella playa tan anhelada; temblamos de que en el momento de asirla, un calmazo aduerma nuestro buque durante largos dias sobre esas olas que nos impacientan, ó que nos venga de la costa un viento contrario que nos rechace al mar de Candia: ese mar de Siria, golfo inmenso, rodeado de las altas cimas del Líbano y del Tau-

ro, es pérfido para los marinos: — no hay en él mas que temporales ó calmazos y corrientes que arrastran invenciblemente al buque muy lejos de su rumbo; y luego, no hay puertos en las costas; es preciso fondear en radas peligrosas á gran distancia de la playa; una marejada casi constante trabaja esas radas y corta las anclas; no estaremos tranquilos y seguros de haber llagado hasta que saltemos á tierra. Mientras así discurriamos y titubeábamos entre la esperanza y el temor, cae la noche de repente, no como en nuestros climas, con la lentitud y la gradacion de un crepúsculo, sino como un telon que se corre sobre el cielo y sobre la tierra. Todo se apaga; todo se borra en los negros costados del Líbano, y ya no vemos mas que las estrellas entre las cuales se balancean nuestros mástiles. El viento cae tambien, la mar duerme, y todos bajamos cada cual á nuestro camarote, en la inseguridad de nuestra suerte de mañana.

Yo no dormia; mi espíritu estaba agitado: — oia, por entre las mal trabadas tablas que separaban mi cuarto del de Julia, el resuello de mi hija dormida, y todo mi corazon reposaba sobre ella: pensaba que mañana tal vez, yo dormiria tambien mas tranquilo por esa vida tan cara que me arrepentia de haber aventurado así sobre el mar, — que una tempestad podia arrebatarnos

flor.—Rogaba á Dios en mi pensamiento que me perdonase esta imprudencia, que no me castigase por haberme confiado demasiado en él, por haberle pedido mas de lo que tenia derecho para pedirle. Luego me tranquilizaba y me decia á mí mismo : — Esa niña es un angel visible que protege juntamente su propio destino y todos los nuestros : el cielo nos tomará en cuenta su inocencia y su pureza por rescate ; nos llevará al puerto, nos volverá á la patria á causa de ella. Ella habrá visto, en la mas hermosa edad de la vida, en esa edad en que todas las impresiones se incorporan, por decirlo así, con nosotros, y llegan á ser los elementos mismos de nuestra existencia, ella habrá visto lo mas bello que hay en la naturaleza, en la creacion ; los recuerdos de su infancia serán los maravillosos monumentos, las obras maestras de las artes en Italia : — Atenas y el Partenon quedarán impresos en su memoria, como lugares paternos ; las hermosas islas del Archipiélago, el monte Tauro, las montañas del Líbano, Jerusalem, las Pirámides, el desierto, las tiendas del Arabe, las palmeras de la Mesopotamia serán cosas que contará en su edad avanzada : Dios le ha dado la hermosura, la inocencia, el genio y un corazon en el que todo se enciende en sentimientos generosos y sublimes : — ¡ así le habré dado yo lo que podia añadir á

esos dones celestiales, el espectáculo de las escenas mas maravillosas, mas encantadas de la tierra ! ¡ Qué será á veinte años ! ¡ Todo habrá sido ventura, piedad, cariño y maravillas en su vida ! — Oh ! ¿ Quien será digno de completarla con el amor ? — Y yo lloraba y oraba con fervor y confianza, porque nunca puedo tener un sentimiento fuerte en el corazon, sin que tienda al infinito, sin que se resuelva en un himno ó en una invocacion al que está al fin de todos nuestros sentimientos, al que los produce y los absorbe todos, — á Dios.

Cuando iba á dormirme, oí sobre el puente algunos pasos precipitados como para una faena, lo que me admiró, porque hacia tiempo que el silencio era completo, y el mar no espedia mas que un ligero estremecimiento de las olas, que me anunciaba que el bergantin seguia navegando. Pronto oí los sonoros eslabones de la cadena del ancla desarrollarse pesadamente del cabestante ; luego sentí aquel golpe seco que hace vibrar todo el buque cuando el ancla ha rodado hasta el fondo sólido y muerde en fin la arena ó las yerbas marinas. Levantéme y abrí mi estrecha ventana ; ya habiamos llegado : estábamos en la rada delante de Beirut : veia algunas luces diseminadas en una playa distante ; oia los ladridos de los perros en la costa, que fué el primer

ruido que me llegó de la tierra de Asia; verdaderamente me regocijó el corazón. Eran las doce de la noche: di gracias á Dios y me dormí dulce y profundamente: nadie sino yo se había despertado debajo de cubierta.

6 de setiembre, 1832, á las nueve de la mañana.

Estábamos delante de Beirut, una de las ciudades mas pobladas de la costa de Siria, llamada antiguamente Berite, hecha colonia romana bajo Augusto, que le dió el nombre de *Felix Julia*: atribuyósele este epíteto de feliz á causa de la fertilidad de sus cercanías, de su incomparable clima y de la magnificencia de su situación. La ciudad ocupa una graciosa colina que desciende en suave declive hácia el mar; algunos brazos de tierra ó de peñascos avanzan dentro de las olas, sustentando fortificaciones turcas del efecto mas pintoresco; cierra la rada una lengua de tierra que defiende el mar de los vientos de este; toda esa lengua de tierra, igualmente que las colinas circunvecinas, estan cubiertas de la mas rica vegetacion; por todas partes se ven plantadas moreras, elevadas de piso en piso sobre terrados artificiales; los algarrobos de som-

bria verdura y magestuosa copa, las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y otra multitud de árboles ó arbustos agenos de nuestros climas, estienden, en todos los puntos de la ribera cercanos al mar, el armonioso yelo de sus diversos follages; mas lejos, en las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos tiñen el pais con su verdura gris y cenicienta; á cosa de una legua del pueblo, empiezan á alzarse las altas montañas de las cordilleras del Líbano, abriendo aquí sus profundas gargantas donde la vista se pierde en las tinieblas de la distancia, derramando allí sus anchos torrentes, que son rios, y tomando diferentes direcciones, unas hácia Tiro y Sidon, otras hácia Trípoli y Latakia, y sus desiguales cimas, perdidas entre las nubes ó blanqueadas por la repercusion del sol, se parecen á nuestros Alpes cubiertos de nieves eternas.

El muelle de Beirut, que las olas lavan sin cesar y á veces cubren de espuma, estaba lleno de una multitud de Arabes en todo el esplendor de sus brillantes trages y de sus lujosas armas. Veiase en él un movimiento tan activo como en los muelles de nuestras grandes ciudades marítimas; multitud de buques europeos estaban anclados junto á nosotros en la rada, y las chalupas, cargadas de mercancías de Damasco y de